

MUJERES Y PODER. UNA MIRADA POLIÉDRICA A LA SOCIEDAD ACTUAL

María Antonia García de León

Universidad Complutense de Madrid (España)

El poder es el gran estructurador de género en nuestras sociedades. Es el gran vertebrador de la vida social. Y es el gran tema de las ciencias sociales, el tema por antonomasia.

Orientar el conocimiento y el cambio social hacia las verdaderas necesidades emocionales de los ciudadanos, la capacidad de sustentación del planeta y la paz social es una tarea fundamental y urgente que rompe la disociación entre razón y emoción, esencia del orden patriarcal. Orden que ha diseñado políticas cada vez más alejadas de la realidad humana, que ha arrojado sobre el mundo la pandemia más letal de nuestra contemporaneidad.

Estamos ante un dossier de gran calado académico y de gran practicidad. Este carácter bifronte del trabajo reunido lo llena de valor.

Por un lado, su lectura conduce a un arsenal de conocimientos con los que se puede dialogar y argumentar inteligentemente, lo que nos facilita una mirada poliédrica sobre nuestra sociedad, además de enriquecernos con un cúmulo de observaciones.

Por otro lado, este dossier está volcado a la crítica social, a inspirar a quienes se dedican a la acción social.

Ambos aspectos dotan a la obra de peso y de pasión.

Con «peso» quiero expresar contundencia, la contundencia que da el trabajo bien hecho, bien documentado, bien argumentado.

Con el término «pasión» aplicado a este dossier califico el saludable ímpetu de quienes saben que hay que ejercer la crítica al *establishment* en este momento crucial de cambio y específicamente luchar contra el orden patriarcal, que es el resultado de una trayectoria histórica definida por la dominación de los hombres y la subordinación de las mujeres. Este orden crea una norma social de dominación que aún se mantiene en la actualidad y reverdece con nuevas formas de alienación de género.

«Conceptualizar es politizar» (Amorós, 2008). Esto es lo que hacen inteligentemente los textos aquí reunidos, comprometidos con el feminismo, el ecologismo, el pacifismo, una tríada radicalmente necesaria para nuestra supervivencia.

Todo ello bajo la inspiración de la acción cultural, que ya no es ornato ni mera erudición, ni siquiera solamente cultura técnica o profesional, sino que es y debe ser la argamasa que dé sentido a nuestro entramado social.

A modo de introducción

Al más alto nivel académico (catedráticos/as, profesores/as de universidad, ensayistas y escritoras reconocidas), los/las autores/as de los sucesivos capítulos reflejan la mirada poliédrica que sintomática y significativamente ha sobrevenido y enrique-

cido a esta categoría académica de los estudios de género.

Como una explosión de conocimiento (en estas décadas de nuestro siglo) alimentada y sostenida por un cambio de sensibilidad social y política, ha hecho que estos estudios hayan estallado en múltiples miradas sobre hombres y mujeres y otras identidades de género hoy.

Rompiendo el corsé a veces estrecho de las disciplinas académicas y sus campos temáticos, nos proporcionan múltiples facetas de análisis como caras de un prisma magnífico, para repensar todo nuestro sistema social y construir un conocimiento nuevo sobre todo un universo de roles tradicionales adscritos al género, que, como un profundo entramado mental (hecho carne, podríamos decir) de orden antropológico, nos domina y es tarea ardua desarraigar.

Este es el rasgo poliédrico que subyace en nuestro tiempo y que se evidencia en el presente dossier.

De este modo, en él se trata de poder, de feminismo, del sistema patriarcal, pero también aspectos importantes del lenguaje (el pensamiento es el lenguaje). Se abordan, asimismo, la actual crisis climática y el liderazgo de las mujeres en relación a ellas, e igualmente el nuevo liderazgo de las mujeres científicas. Y, cómo no, se analiza la incidencia de la pandemia actual tanto en términos generales como en casos concretos (el caso de las nuevas tecnologías de la enseñanza virtual, *online*). También se recogen aspectos literarios y simbólicos de nuestra cultura, a través de los que se investiga la dominación masculina y el canon cultural hegemónico. Etcétera.

A modo de presentación del dossier, deseo exponer sucintamente, a continuación, algunas claves sobre género y poder, que es el campo de trabajo intelectual en el que nos hemos desenvuelto en este monográfico que la revista TSN presenta a sus lectores/as y del cual he sido directora y coordinadora.

Clave del orden patriarcal / Un mito de vida moderno

Él para el Estado, ella para él.
(Thomas Hobbes)

Es necesario y urgente subsanar dos errores de nuestra modernidad: el primero, pensar y actuar como individuos aparte de la comunidad; el segundo, organizar y actuar en una sociedad donde gobierne una razón sin emoción.

A continuación expondré nueve claves al respecto de estos dos nudos señalados.

La fantasía de la individualidad

La individualidad no se puede sostener sola a sí misma. Creer que la individualidad se puede construir por sí misma nada más, como pretende el discurso

de la Ilustración y de gran parte de la sociedad, es una fantasía.

El sentimiento de pertenencia

El individuo, la persona, necesita apoyarse en algo. Siempre necesita pertenecer a un grupo, consciente o inconscientemente. Esa idea de pertenencia es fundamental. No tanto la idea, sino el sentimiento de pertenencia. La percepción de pertenecer a un grupo humano es clave para luego poder sentir que se es alguien individualizado. Para ello es necesaria la pertenencia a un grupo, aunque no se sea consciente de ella.

Importancia de los rasgos asociados a la individualidad / Menosprecio del vínculo emocional

Es esta una trayectoria histórica que marca el orden patriarcal.

La identidad de los hombres en la historia, hasta llegar a la modernidad, se ha ido construyendo por un desarrollo progresivo de la individualidad. A medida que se iban individualizando, iban teniendo la sensación de que el yo, la idea del yo, y la capacidad de razonar sobre el mundo y la capacidad de controlar el mundo realmente se iban construyendo de forma independiente, separada del hecho de pertenecer a una familia, a un grupo.

Sin embargo, para construir esa idea del yo y de la razón autónoma era imprescindible que ellos, los hombres, siguieran vinculados emocionalmente a alguien que supliera el déficit de conexión que la individualidad implica. Es decir, a medida que se desarrolla la individualidad, no se sustituye la identidad comunitaria, sino que se va ocultando la necesidad de la pertenencia. No se reconoce socialmente la importancia que tiene el vínculo emocional; se tiene, pero no se reconoce socialmente.

La ideología dominante solo da importancia a los rasgos que se asocian con la individualidad, con la razón, con el poder, con el control. No obstante, no existe una razón autónoma de la emoción. Numerosos autores han demostrado desde el campo de la biología humana la gran interacción neuronal que rige las actuaciones relacionadas con la razón y la emoción. De este modo, han investigado cómo las personas que proceden de una manera estrictamente racional acaban por perder parejas, trabajos y cualquier posibilidad de interacción social. Su vida se convierte en un fracaso. El gran arquetipo de lo que acabamos de apuntar se encarna en el varón ejecutivo solitario actual, bajo el síndrome de lo que se llama informalmente *workaholism*, la adicción al trabajo.

El juego de la ideología dominante

La ideología dominante es la expresión de la forma de identidad de los hombres que tienen el po-

der. Los hombres han construido su identidad de manera que a medida que desarrollaban la razón iban invirtiendo ahí energías conscientes. Pero no eran conscientes (aun haciéndolo) de que daban también importancia a los vínculos (sin los vínculos, ellos no podrían desarrollar la razón).

Al otorgar únicamente importancia a las dinámicas de la razón, el discurso producido solo reconocía esa parte de la individualidad. A medida que los hombres desarrollaban la individualidad y le iban dando importancia consciente, necesitaban que alguien les garantizara la parte emocional.

Cuanto más desarrollada era la individualidad, más necesitada estaba de que hubiera alguien —las mujeres— que se dedicara socialmente a garantizar a estos hombres la vinculación al grupo.

Esa es la dualidad de género que aún nos domina. Nuestra trayectoria histórica se basa en el eje de una progresiva diferenciación entre la especialización de los hombres en la racionalización del mundo y la de las mujeres en la construcción de los vínculos que hacen posible la sensación de pertenencia imprescindible para que aquella pueda seguir aumentando.

Esquizofrenia social del sistema

Hay gente que es inconsciente de lo que verdaderamente necesita y, por tanto, está haciendo una política que no tiene en cuenta lo que las personas necesitan. Por ejemplo, los políticos actúan teniendo al lado mujeres que les brindan el vínculo emocional, la pertenencia, pero ellos realmente no reconocen que lo necesitan. *Ergo*, como no lo reconocen, no actúan, no legislan teniendo en cuenta eso que necesitan. Estamos en manos de quienes no son conscientes de las necesidades emocionales que tienen. Esa es una importante patología social de nuestros tiempos que afecta enormemente al ejercicio del poder, a lo que, clásicamente, podríamos llamar el mal gobierno, recordando el magnífico mural gótico sienés *Allegoria del buon governo*.

Las mujeres, cultivadoras del vínculo

Al principio, nadie estaba individualizado. Los hombres se han ido individualizando, desarrollando la razón. Las sociedades cazadoras o recolectoras no conocían la individualidad ni la ciencia, ni la relación racional con el mundo en el sentido de abstracción; tenían una identidad que era pura identidad comunitaria, pura identidad del nosotros, grupal; eso era así tanto para hombres como para mujeres.

A medida que, en el proceso histórico, los hombres se iban individualizando, iban dando importancia a la razón, al yo; iban dejando ellos mismos de cultivar los vínculos con el grupo. A más individualidad, más se necesitaba que las mujeres cumplieran la función garante de los vínculos. Para lograrlo, no

cabía que ellas se individualizaran, porque, si lo hacían, dejaban de cumplir esa función para los hombres. Esa es la subordinación de género.

Las mujeres individualizadas de la modernidad

A la tradicional escisión de, por un lado, la esfera pública para los hombres y, por otro, la vida privada («la despensa», los hijos, etcétera) para las mujeres, se le suma en la actualidad una especie de anomalía social: las mujeres con poder, en un proceso de individualización, como pares.

Las mujeres que tienen funciones especializadas se individualizan, pero, a diferencia de los hombres, no pueden esperar que otras personas les garanticen los vínculos, porque los hombres no están históricamente entrenados para ello, no se socializan para cultivar los vínculos, sino para estar individualizados. Ellas no pueden abandonar la parte relacional, tienen que conjugar dentro de sí mismas las dos cosas. Esto produce el típico fenómeno de las llamadas *superwomen*, agotadas y sobrecargadas de tareas, las significativas dimisiones femeninas de altos cargos, etcétera. Toda una fenomenología diferencial por género. Mientras que en los hombres toda su inversión es unidireccional, no dual.

La masculinidad hegemónica pone toda la energía en la razón, y consigue que alguien les supla el nivel de los vínculos y de la emoción, les complementa. Las mujeres, en general, no pueden conseguir lo mismo, lo tienen que hacer todo ellas solas; con lo cual sufren mucho más desgaste y tienen muchas contradicciones. La contradicción no resulta de un problema personal, sino que es la condición para ser mujer individualizada en la modernidad.

Asimismo, este orden de cosas produce una encubierta y sofisticada discriminación de género. Es lo que he investigado: cómo las mujeres profesionales, las mujeres con poder, son *élites discriminadas*. Esta es la característica del poder que ejercen las mujeres en la actualidad: son élites, pero élites discriminadas. Tienen un poder hecho a base de *inputs* muy cuantiosos y diferenciales respecto a sus homólogos varones. Para romper los códigos del patriarcado y acceder al poder, estas mujeres, curiosa y significativamente, deben partir de discriminaciones en forma de superpluses a pagar socialmente. La naturalización de la dominación masculina y el efecto aparejado de *violencia simbólica* que conlleva (Bourdieu y Passeron, 2001) produce una especie de darwinismo social entre las mujeres que acceden al poder. Es una especie de peaje muy costoso y diferencial que el sistema patriarcal, a través de una norma no dicha oculta por los códigos sociales, les impone. Hay tensiones soterradas que no hacen sino hablar de lo mismo: la discriminación por género en el ámbito del poder. Algunas muy características son: estar las mujeres con puestos de

poder bajo el llamado síndrome de la impostora o padecer el síndrome de la abeja reina¹, o estar muy amenazadas por la inmersión de su estatus².

Las típicas políticas de conciliación (vida familiar y trabajo) que recaen sobre las mujeres son un planteamiento, en mi opinión, débil e inexacto, porque las mujeres siempre hemos estado *conciliándolo todo* (es el tradicional posibilismo femenino). Un planteamiento nuevo sería poner el eje del cambio social en la conciliación masculina.

Una sociedad enferma

El problema que tienen muchas mujeres que aspiran al modelo de poder como el que representan los hombres generará una sociedad enferma, porque es un modelo que solo tiene en cuenta lo racional y no lo emocional. Para transformar la sociedad, lo que hace falta es transformar el tipo de poder, o sea, un tipo de poder donde se reconozca todo lo que es verdad en el ser humano, toda la parte racional y toda la parte emocional unidas. Eso lo suelen hacer las mujeres, pero conlleva un desgaste grande. Es frecuente encontrar entre mujeres líderes declaraciones como que feminizar la política es el reto del siglo XXI. Es otra forma de decir lo que aquí argumentamos: poner la emoción en la acción racional, no disociar ambas, no vivir en una especie de esquizofrenia social (García de León, 2011).

Una individualidad independiente ha de dar tanta importancia a su propio deseo (al deseo de la individualidad, a lo que quiere, a lo que aspira...) como al deseo de la gente que la rodea, que era en lo que se centraban las mujeres tradicionalmente: el deseo de mi marido o el de mis hijos es más importante que el mío propio, por ejemplo.

En la individualidad, en la modernidad de las mujeres, surge constantemente esa tensión: si dan más importancia a su propio deseo, se sienten

¹Las *abejas reinas* es una forma de etiquetar a algunas mujeres que han alcanzado ciertas posiciones en áreas tradicionalmente dominadas por los hombres. Estas muestran tendencia a sentir que lo han logrado individualmente por sus propios méritos, menospreciando así toda consideración de género y situándose lejos de toda conciencia histórica. Asimismo, la tendencia de esas mujeres es no ahorrar a las otras mujeres los esfuerzos que ellas mismas han tenido que desplegar para llegar al puesto de responsabilidad en el que se encuentran e incluso también la tendencia a obtener gloria y beneficio del hecho de ser tan pocas las de su sexo en ese ámbito. Por último, la tendencia de estas mujeres es a disociarse de su sexo y a no ser solidarias con los problemas de la mayoría de las mujeres (García de León, 2002).

²Un dato de hemeroteca que ha ocupado la primera página de los rotativos más influyentes y originado protesta diplomática es el siguiente: «Indignación en Bruselas por el menosprecio a Von der Leyen en Turquía». En cita oficial en Ankara, el presidente turco Erdogan y el presidente del Consejo Europeo, Charles Michel, ocuparon los sillones presidenciales, dejando a la presidenta de la Comisión Europea de pie, sin el puesto simbólico que le correspondía (en *El País*, 8 de abril de 2021, p. 1).

culpables porque no se la dan a los demás; y si la prioridad se la dan al deseo de los demás, tienen la sensación de que están renunciando al suyo propio. ¿Cuál es la patología que se desprende de esto? Estar en constante contradicción, lo cual genera un gran conflicto interno. Y no es solo por el desgaste, sino también porque, a ciertos altos niveles, el tipo de poder que se maneja no coincide con el que manejan las mujeres, que tiene en cuenta la emoción. El tipo de poder de las altas esferas expresa la individualidad masculina, que está completamente desconectada de la emoción. Las mujeres que entran en ese nivel o bien adoptan la identidad masculina (la emoción no importa), o bien se encuentran en situaciones conflictivas.

Las mujeres, en general, tienen otro tipo de identidad, y no hablamos de esencialismos, sino de antropología. También hay hombres actuales que están reconociendo el valor de las emociones, aunque estos no llegan a las altas esferas de poder. Las altas esferas de poder son, por tanto, la expresión en forma social y política de un tipo de identidad que se caracteriza por la disociación entre la razón y la emoción. Es gente que construye la identidad de forma disociada, donde hay una ocultación de las necesidades emocionales.

Un mundo nuevo, una nueva tierra

Un mundo mejor puede ser el que reconoce todas las necesidades y todas las formas que potencian al ser humano. Donde se reconoce la fuerza que da la razón y la conexión emocional con los demás seres humanos. Al reconocer ambas, no se oculta la importancia de la emoción. El hecho de que se haya ocultado la función de las mujeres en la historia es expresión de que se ha obviado la necesidad de la emoción. A las personas que cumplían esa función (las mujeres) también se les negaba el valor social que tenían. Lo que se niega en ese orden patriarcal no es a las mujeres en sí, sino la importancia que tienen la emoción y los vínculos.

Una sociedad sana es la que reconoce lo importante que es la razón para sentir seguridad y lo fundamental que es la emoción. El mundo occidental no lo reconoce. Pareciera que anduviéramos a la sombra goyesca de *El sueño de la razón produce monstruos*: hoy, la irracional razón del *Homo oeconomicus* multiplica el reino salvaje de la monstruosidad. En efecto, en esta era pandémica de convulsión planetaria, así es.

Fuentes y bibliografía

Amorós, C. (2008): «Conceptualizar es politizar», en P. Laurenzo, M. L. Maqueda y A. M. Rubio (coords): *Género, violencia y derecho*, 3, pp. 15-26.

Bourdieu, P., y Passeron, J. C. (2001): «Fundamentos de una teoría de la violencia simbólica», en *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, libro 1. España: Editorial Popular, pp. 15-18.

García de León, M. A. (2002): *Herederas y heridas. (Sobre las élites profesionales femeninas)*. Valencia: Cátedra.

García de León, M. A. (2011): *Cabeza moderna / Corazón patriarcal (Un diagnóstico social de género)*. Barcelona: Anthropos.

Pellicer, Ll., y Mourenza, A. (2021): «Indignación en Bruselas por el menosprecio a Von der Leyen en Turquía», en *El País*, 8 de abril, p. 1.